

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo LXX. Que figue al de sesenta y nueve, y trata de cosas ne escusadas para la claridad desta historia.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1686

CAPITULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad desta historia.

DURMIÒ Sancho aquella noche en una carriola en el mesmo aposento de Don Quixote, cosa que el quisièra escusarla si pudièra; porque bien sabìa, que su amo no le avia de dexar dormir à preguntas, y respuestas, y no se hallava en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dexavan libre la lengua; y vinièrale mas à cuento dormir en una choça solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Saliòle su temor tan verdadèro, y su sospecha tan cierta, que apenas huvò entrado su Señor en el lecho, quando dixo: Que te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta à Altifidora, no con otras faetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento belico, ni con venenos mortiferos, sino con la consideracion del rigor, y el desden con que yo siempre la he tratado. Murièrase ella en hora buena quanto quisièra, y como quisièra, respondiò Sancho, y dexàrame à mi en mi casa, pues ni yo la enamorè, ni la desdenè en mi vida. Yo no sè, ni puedo pensar como sea, que la salud de Altifidora, Donzella mas antojadiza que discreta, tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martirios de Sancho Pança? Ahora si que vengo à conocer clara, y distintamente, que ày Encantadores, y encantos en

U u 2

el



el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sè librar. Con todo esto suplico à vueffa mercèd, me dexè dormir, y no me pregunte mas, fino quière que me arròje por una ventana abaxo. Duerme, Sancho amigo, respondió Don Quixote, si es que te dan lugar los alfileràzos, y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicò Sancho llegò à la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por avèrmelas hecho Dueñas (que confundidas sèan) y torno à suplicar à vueffa mercèd, me dexè dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despièrtas. Sea assi, dixo Don Quixote; y Dios te acompañe. Durmièronse los dos, y en este tiempo quiso escribir, y dar cuenta Cide Hamete autor desta grande historia, que les moviò à los Duques à levantar el edificio de la maquina referida; y dize.

QUE no avièndosele olvidado al Bachiller Sanson Carrasco, quando el Cavallero de los Espejos, fuè vencido, y derribado por Don Quixote, cuyo vencimiento, y cayda borrò, y deshizo todos sus designios; quiso bolvèr à provar la mano, esperando mejor suceffo que el passado: Y assi informàndose del page que llevò la carta, y presente à Teresa Pança muger de Sancho, adonde Don Quixote quedava; buscò nuevas armas, y cavallo, y puso en el escudo la blanca Luna, llevàndolo todo sobre un macho, à quien guiava un labrador, y no Tomè Cecial su antiguo Escudero, porque no fuèsse conocido de Sancho, ni de Don Quixote. Llegò, pues, al castillo del Duque, que le informò del camìno, y derrota que Don Quixote llevaba con intento de hallàrse en las justas de Zaragoza. Dixole assimif-

mo



mo las burlas que le avia hecho con la traça del defencanto de Dulcinèa, que avia de ser à costa de las posadèras de Sancho. En fin diò cuenta de la burla que Sancho hizo à su amo, dandole à entender que Dulcinèa estàva encantada, y transformada en labradora; y como la Duquèssa fu muger avia dado à entender à Sancho, que el era el que se engañava, porque verdaderamente estàva encantada Dulcinèa, de que no poco se riò, y admirò el Bachiller, considerando la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del estremo de la locura de Don Quixote. Pidiòle el Duque que si le hallasse, y le vencièsse, ò no, se bolvièsse por allì à darle cuenta del suceso. Hizolo assi el Bachiller; partiòse en su busca; no le hallò en Zaragoza; pasò adelante, y fucediole lo que queda referido. Bolviòse por el Castillo del Duque, y contòfelo todo con las condiciones de la batalla, y que yà Don Quixote bolvia à cumplir, como buen Cavallero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea, en el qual tiempo podia ser, (dixo el Bachiller,) que sanasse de su locura. Esta era la intencion que le avia movido à hazer aquellas transformaciones, por ser cosa de lastima, que un hidalgo tan bien entendido, como Don Quixote, fuèsse loco. Con esto se despidiò del Duque, y se bolviò à su lugar, esperando en èl à Don Quixote, que tras el venia.

DE aquí tomò ocasion el Duque de hazerle aquella burla (tanto era lo que gustava de las cosas de Sancho, y de Don Quixote;) y haziendo tomar los caminos cerca y lexos del Castillo, por todas las partes que imaginò, que podria bolver Don Quixote, con muchos criados de à pie, y de à ca-

cavallo para que por fuerça, ó de grado le truxèssen al castillo, si le hallàssen. Hallàronle, y dièron aviso al Duque, el qual yà prevenido de todo lo que avia de hazèr, assi como tuvo noticia de su llegada, mandò encender las hachas, y las luminarias del pàtio, y ponèr à Altifidora sobre el tumulo con todos los aparatos, que se han contado, tan al vivo, y tan bien hechos, que de la verdàd à ellos, avia bien poca diferencia. Y dize mas Cide Hamete, que tiene para si, ser tan locos los burladores, como los burlados; y que no estàvan los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlàrse de dos tontos, à los quales, el uno durmiendo à sueño fuelto, y el otro velando à pensamiètos desatados, les tomò el dia, y la gana de levantàrse; que las ociosas plumas, ni vencido, ni vencedor jamas dièron gusto à Don Quixote.

ALTISIDORA (en la opinion de Don Quixote buelta de muerte à vida) figuiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda, que en el tumulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y fultos los cabellos por las espaldas, arrimada à un baculo de negro y finissimo Ebano entrò en el aposento de Don Quixote, con cuya presencia turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sabanas, y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertàsse à hazèrle cortesìa ninguna. Sentòse Altifidora en una silla junto à su cabeçera, y despues de avèr dado un gran suspiro, con voz tierna, y debilitada le dixo: Quando las mugeres principales, y las recatadas Donzellas atropellan por la honra, y dan licencia à la lengua, que rompa por todo

do inconveniente, dando noticia en publico de los secretos que su coraçon encierra, en estrecho termino se hallan. Yo, Señor Don Quixote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida, y enamorada; pero con todo esto sufrida, y honesta tanto, que por serlo tanto, rebentò mi alma por mi silencio, y perdì la vida. Dos dias hà que con la consideracion del rigor con que me has tratado, ó mas duro que marmol à mis quejas, empedernido cavallero, he estado muerta, ó alomenos juzgada por tal de los que me han visto; y fino fuera porque el amor, condoliéndose de mi, depositò mi remedio en los martirios deste buen Escudero, allà me quedàra en el otro mundo. Bien pudièra el amor, dixo Sancho, depositàrlos en los de mi asno, que yo se lo agradecièra: Pero dìgame, Señora (assi el Cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo) que es lo que viò en el otro mundo? Que ày en el infierno, porque quien muere desesperado, por fuerça ha de tener aquel paradèro?

LA verdad que os diga, respondiò Altifidora, es que yo no devì de morir del todo, pues no entrè en el infierno; que si allà entràra una por una, no pudièra salir del aunque quisièra. La verdad es, que lleguè à la puerta adonde estavan jugando hasta una dozena de diablos à la pelota, todos en càlças y en jubon, con balonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas, y con unas bueltas de lo mismo, que les servian de puños, con quatro dedos de braço de fuera, porque parecièssen las manos mas largas, en las quales tenian unas palas de fuego; y lo que mas me admirò fuè, que les servian en lugar de pelotas, libros, al parecer

cèr llenos de viento, y de borra (cosa maravillosa, y nueva) pero esto no me admirò tanto, como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañavan, y todos se maldezian. Esto no es maravilla, respondiò Sancho, porque los diablos jueguen, ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen, ó no ganen. Assi deve de ser, respondiò Altifidora: Mas ày otra cosa que tambien me admira (quiero dezir, me admirò entonces) y fuè, que al primer volèo no quedava pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez; y assi menudeavan libros nuevos, y viejos, que era una maravilla. A uno dellos nuevo, flamante, y bien enquadernado le dièron un papirotazo, que le sacaron las tripas, y le esparcièron las hojas; y dixo un diablo à otro: Mirad que libro es esse? Y el diablo le respondiò: Esta es la segunda parte de la història de Don Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un Aragonès, que el dize ser natural de Tordefillas. Quitadmele de ay, respondiò el otro diablo, y metèdle en los abyssos del infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es? respondiò el otro. Tan malo, replicò el primero, que si de proposito yo mismo me pusiera, à hazerle peor no acertara. Prosiguièron su juego peloteando otros libros, y yo por avèr oydo nombrar à Don Quixote, à quien tanto adamo, y quiero, procurè, que se me quedasse en la memoria esta vision. Vision deviò de ser sin duda, dixo Don Quixote, porque no ày otro yo en el mundo, y yà essa història anda por acà de mano en mano, pero no para en
nin-

ninguna, porque todos la dan del pie. Yo no me he alterado en oyr, que ando como cuerpo fantastico por las tinieblas del abyfmo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien effa hiftoria trata. Si ella fuere buena, fiel, y verdadera, tendrà figlos de vida; pero si fuere mala, de fu parto à la fepultura no ferà muy largo el camino.

IV A Altifidora à profeguir en quexàrfe de Don Quixote, quando le dixo Don Quixote: Muchas vezes os he dicho, Señora, que à mi me pesa de que ayais colocàdo en mi vuestros pensamiètos, pues de los mios antes pueden fer agradecidos, que remediados. Yo naci para fer de Dulcinèa del Toboso, y los hados (si los huvièra) me dedicaron para ella; y pensàr que otra alguna hermosura hà de ocupàr el lugar que ella en mi alma tiene, es pensàr lo imposible. Suficiente defengaño es este, para que os retirèys en los limites de vuestra honestidàd, pues nadie se puede obligàr à lo imposible. Oyendo lo qual Altifidora, mostràdo enojàrfe, y alteràrfe, le dixo: Vive el Señor, Don Vacallào, alma de almirez, cuèfco de datil, mas terco, y duro que villano rogàdo, quando tiene la fuya sobre el hito, que si arremèto à vos, que os tengo de facàr los ojos. Pensàys, por ventura, Don vencido, y Don molido à palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que avèys visto en esta noche, ha sido fingido; que no foy yo muger, que por semejantes camellos avia de dexàr que me dolièffe un negro de la uña, quanto mas morirme. Effo creò yo muy bien, dixo Sancho, que esto de morirfe los enamorados, es cosa de risa; bien lo pueden ellos dezir, pero hazèr, crealo Judas,



ESTANDO en estas platicas entrò el musico cantor, y Poëta, que avia cantado las dos yà referidas estancias : El qual haziendo una gran reverencia à Don Quixote, dixo: vueſſa mercèd, Señor Cavallero, me cuente, y tenga en el numero de ſus mayores ſervidores, porque ha muchos dias, que le ſoy muy aficionado aſſi por ſu fama, como por ſus hazañas. Don Quixote le reſpondiò: Vueſſa mercèd me diga quien es, para que mi cortesìa reſponda à ſus merecimientos. El moço reſpondiò, que era el Musico, y Panegirico de la noche antes. Por cierto, replicò Don Quixote, vueſſa mercèd tiene eſtremada voz ; pero lo que cantò, no me parece que fuè muy à propoſito ; porque que tienen que vèr las estancias de Garcilaſſo con la muerte deſta Señora ? No ſe maraville vueſſa mercèd deſſo, reſpondiò el musico, que yà entre los intønſos Poëtas de nueſtra edàd ſe uſa, que cada uno eſcriba como quiſiere, y hurte de quien quiſiere, venga, ò no venga à pelo de ſu intento ; y yà no ày necèdad que canten, ò eſcriban, que no ſe atribuya à licencia poëtica.

RESPONDER quiſiera Don Quixote, pero eſtorvãronlo el Duque y la Duqueſſa que entraron à vèrle, entre los quales paſſaron una larga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho tantos donayres, y tantas malicias, que dexaron de nuevo admirados à los Duques, aſſi con ſu ſimplicidad, como con ſu agudèza. Don Quixote les ſuplicò, le dièſſen licencia para partirſe aquel miſmo dia, pues à los vencidos Cavalleros como el, mas les convenìa habitàr una zahurda, que no Reales Palacios. Dièronſela de muy buena gana, y la Duqueſſa le preguntò, ſi quedava en ſu gracia Altifidora ?

El



El respondiò, Señora mia, sepa vueſſa Señoria, que todo el mal deſta Donzella nace de ocioſidàd, cuyo remedio es la ocupacion honèſta, y continua. Ella me ha dicho aquí, que ſe uſan randas en el infierno, y pues ella las deve de ſaber hazèr, no las dexe de la mano; que ocupada en menèr los palillos, no ſe menearàn en ſu imaginacion la imagen, ò imagenes de lo que bien quièrè; y eſta es la verdàd, eſte mi parecer, y eſte mi conſejo. Y el mio, añadiò Sancho, pues no he viſto en toda mi vida randera, que por amor ſe aya muerto; que las Donzellas ocupadas mas ponen ſus penſamiètos en acabàr ſus tareas, que en penſàr en ſus amores: Por mi lo digo, pues mientras eſtòy cabando, no me acuerdo de mi oyſo, digo de mi Tereſa Pança, à quien quiero mas que à las peſtañas de mis ojos. Vos dezis muy bien, Sancho, dixo la Duquèſſa, y yo harè, que mi Altifidora ſe ocupe de aquí adelante en hazèr alguna labor blanca, que la ſabe hazèr por eſtremo. No ày para que, Señora, respondiò Altifidora, uſar deſſe remedio, pues la conſideracion de las crueldades, que conmigo ha uſado eſte malandrìn moſtrenco, me le borraràn de la memoria ſin otro artificio alguno, y con licencia de vueſtra Grandeza me quiero quitàr de aquí, por no vèr delante de mis ojos, yà no ſu triſte figura, ſino ſu fea, y abominable catadura. Eſſo me parece, dixo el Duque, à lo que fuele dezirſe; que aquel que dize injurias, cerca eſtà de perdonàr. Hizo Altifidora mueſtra de limpiàrſe las lagrimas con un pañuelo, y hazièndo reverencia à ſus Señores, ſe ſaliò del apoſento. Màndote yo, dixo Sancho, pobre Donzella, màndote, digo, mala ventùra, pues las has

